

¿POR QUÉ HISTORIA POLÍTICA?

Josefina MacGregor

Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México

Días antes de que se efectuara la reunión en la que debía presentar este trabajo, cuando se me preguntó el nombre de mi ponencia, enfrenté el primer problema derivado de aceptar intervenir en la Semana de Historia. Balance y perspectivas del trabajo del historiador organizada por la UAM Iztapalapa: debía darle nombre a esas ideas preliminares que tenía sobre mi participación.* Puse un título lo suficientemente amplio como para que diera cuenta de cualquier cosa que lograra perfeñar; sin embargo, el que ofrecí respondía a mi deseo de abordar específicamente por qué alguien —yo misma— hace veinte años intentó trabajar un tema tan desprestigiado en esos momentos —espero que lo sea menos en los actuales— como el de la historia política.

En los años setentas, en México las tendencias dominantes en la vida académica señalaban que para estar al día en cuanto a interpretaciones históricas había prácticamente sólo dos caminos: uno, el marxismo, ya abierto y en plena pujanza, cuando menos por lo que se refería a su desarrollo teórico, aunque no de igual manera en lo relativo al análisis histórico concreto, y otro que se vislumbraba esperanzador por sus resultados en Francia: la Escuela de los Anales, aunque aún se presentaban como un todo homogéneo sus diferentes realizaciones y no se precisaban todavía las diferentes etapas que la conformaban.¹ Más tarde esta escuela también se dio en llamar,

* La primera versión de este trabajo se presentó en la UAM-Iztapalapa en 1996.

¹ En 1980 Hira de Gortari reconocía: "En las dos últimas décadas quizá el peso de nuevas influencias de tipo europeo y norteamericano y su asimilación dentro de la historiografía mexicana han empezado

de manera general, historia social o la *nueva historia*. En ocasiones incluso se confundían ambas posiciones o se creía, con escaso conocimiento de causa, que siempre estaban amalgamadas o que eran más o menos lo mismo. En este sentido, Pierre Vilar era un caso paradigmático. Perteneciente a los Anales, era un historiador marxista que nos ofrecía el atractivo de una historia en construcción, y nos recordaba que “la historia está por hacerse”, refiriéndose fundamentalmente a la económica, no obstante que la finalidad última pudiera ser elaborar una historia total.²

En ambas perspectivas, la marxista y la de la *nueva historia*, ya diferenciándolas, la política carecía de relevancia: el marxismo volvía la vista a las estructuras, particularmente a la económica como el factor determinante de la vida social, y los escritores de Anales desechaban el acontecimiento como el eje de la obra histórica —fundamental para elaborar la historia política hasta ese momento— y proponían abandonar el hecho individual y particular para lograr la cientificidad a través del análisis del hecho que se repite, de las series de datos que permiten la comparación, y ocuparse de procesos de larga duración o de estructuras.

Así las cosas, la historia política debía quedar relegada a la identificación con viejas y anquilosadas maneras de concebir el quehacer histórico, y no sólo se la abandonó ante la novedad de concepciones recientes, sino que se la hundió en el desprestigio.³ No parecía concebirse que el análisis político se podía también actualizar y hacerlo corresponder a nuevas formas de trabajo.

En mi opinión, esta situación presentaba de entrada dos problemas serios. Uno era que estas aspiraciones no correspondían a la realidad mexicana, cuando menos en lo que se refería al desarrollo de los estudios históricos. Por ejemplo: hacia fines de los setentas Serge Gruzinski⁴ daba a conocer en México lo que era la historia de

a cambiar el panorama en forma drástica. También habría que señalar el peso y la influencia de la historiografía francesa y el peso dentro de la historiografía mexicana actual del marxismo.” Gortari, “Historiografía”, 1984.

² Vilar, “Historia”, 1976; este artículo, como apuntan los antologadores, fue publicado originalmente en los *Annales. E. S.C.*, enero-febrero, 1973.

³ “En cuanto a temas, en el último medio siglo el económico se ha impuesto sobre los demás de índole social y política y sobre valores culturales” en González, “Historiografía”, 1992. Vilar “Historia”, 1976, hacía ver que “en el extremo opuesto a estos casos agrupados [varios casos en un momento de la historia] cuyo agrupamiento mismo invita a la teoría, se sitúan los ‘episodios’ múltiples, dispersos, incoherentes, de la historia ‘historizante’”: para muchos esta era la historia política.

⁴ MacGregor, “Serge”, 1979.

las mentalidades —en un afán explicativo, pero también, creo, con el propósito de ganar adeptos— y afirmaba que esta perspectiva trataba de llenar los espacios que la historia marxista había dejado al privilegiar en sus estudios el análisis económico y ocuparse sólo de ese tema. Por ello, y porque su ritmo de evolución es más lento que el de la infraestructura, era necesario analizar los fenómenos superestructurales de la sociedad. Así, las mentalidades permitirían conocer, a través de procesos de larga duración, no lo que pensaba un individuo, sino las colectividades, determinados grupos de una sociedad y quizás la sociedad en su conjunto.

Sin embargo, el argumento central de esta atractiva sugerencia para trabajar nuevos temas y nuevas fuentes ofrecía una dificultad: la investigación histórica sobre bases marxistas se había hecho copiosamente en Francia, pero no con la misma intensidad en México, donde era incipiente aunque con muchos seguidores. En esa etapa seguía discutiéndose con insistencia cómo podía aplicarse a la historia mexicana el esquema de los modos de producción —al generalizar de esta manera sé que incurriré en omisiones particulares del todo injustas, pero me amparo en el dicho popular aquél de que “una golondrina no hace verano”—; lo relevante del conocimiento histórico parecía ser cómo se aplicaba el concepto de modo de producción asiático al México antiguo, cuándo se iniciaba el capitalismo o cuándo se había verificado la revolución burguesa: ¿durante la confrontación entre liberales y conservadores, o durante la lucha contra el Imperio, o bien en 1910?; es más, ¿ya se había llevado a cabo una revolución burguesa o no? Así, y sólo como un ejemplo, no faltó quien considerara la Revolución mexicana una revolución interrumpida,⁵ o bien

⁵ Gilly sostenía que sólo podría organizarse una acción revolucionaria —de ahí el interés en el estudio de la historia— sobre la base de una “comprensión científica —es decir, marxista— de la revolución mexicana,” y consideraba que sobre ésta existían, “dentro del campo de la revolución (pues no nos interesan aquí las otras),” tres interpretaciones: la burguesa, que afirmaba que la revolución desde 1910 hasta el día en que el autor escribía era un proceso continuo que iba perfeccionándose bajo la dirección de los “gobiernos de la revolución”; la concepción pequeño burguesa y del socialismo centrista, que afirmaba que el proceso revolucionario había sido una revolución democrático-burguesa que no había cumplido sus objetivos totalmente, pero que debía considerarse un ciclo cerrado, por lo que la revolución —ya fuera socialista o antiimperialista y popular— quedaba por organizarse, y la interpretación proletaria y marxista, que era la de Gilly precisamente, que planteaba que la Revolución mexicana era un proceso trunco, mas una “revolución permanente en la conciencia y la experiencia de las masas, pero interrumpida en dos etapas históricas en el progreso objetivo de sus conquistas. [Que] ha entrado en su tercer ascenso —que parte no de cero, sino de donde se interrumpió anteriormente— como revolución nacionalista, proletaria y socialista” Gilly (*Revolución*, 1971, pp. 398-399).

la *regañara* porque no llegó a ser una revolución socialista, o tachara de traidores a sus líderes porque no supieron responder a la vocación libertaria o socialista de sus participantes, o simplemente sostuviera que no había sido una revolución.⁶ Hubo incluso quienes valoraron desproporcionadamente la acción obrera en el proceso revolucionario de 1910, por aquello de que era la clase social revolucionaria por definición.⁷ No obstante el debate, a veces enconado, entre los marxistas ortodoxos y los que no lo eran, faltaron los estudios históricos que, aplicando rigurosamente los conceptos y categorías marxistas a la información documentada, dieran cuenta de la historia de México; sólo contábamos con trabajos fragmentarios.

De esta manera se empezó a hacer historia de las mentalidades —porque finalmente la escuela de los *Anales* ha tenido más discípulos en lo que a investigación histórica se refiere—,⁸ pero no se había trabajado la historia económica, como no teníamos historia política ni trabajos biográficos ni historia institucional ni diplomá-

⁶ En alguna parte de su trabajo de 1971, Cockcroft asienta: “Madero comprendió la candidez, la fe y el idealismo de esta visión burguesa [aquella que sostenía que de los procesos ordenados de política “democrática burguesa” surgirían todas las cosas buenas que los hombres necesitaban], así como la voluntad de los líderes burgueses de comprometerse en un oportunismo sin principios. Venustiano Carranza fue menos perspicaz que Madero y más astutamente oportunista, circunstancia más afortunada para la burguesía mexicana”, y más adelante asevera: “Los verdaderos fines de la Revolución fueron los que proclamaron los precursores descritos en este libro y sus sucesores en la historia mexicana: Zapata, los trabajadores petroleros que obligaron a Cárdenas a actuar contra su voluntad en la década de los treinta, Vallejo, Jaramillo y los prisioneros políticos actuales que continúan con la tradición iniciada por los precursores.” Cockcroft, (*Precursores*, 1982a, pp. 2-4). Por su parte, Ruiz (*México*, 1984, p. 11) asentaba categórico: “Mi opinión sobre lo que sucedió es que México experimentó una rebelión cataclísmica pero no una ‘Revolución’ social.”

⁷ “Una manera de comprender el cuadro total [...] es seguir un aspecto identificado constantemente con toda la revolución. Así por ejemplo el estudio de la historia de la mano de obra industrial no sólo revela una fase de la revolución, sino también ilustra sus grandes conceptos ideológicos y sus realizaciones” (Ruiz *Revolución*, 1978, p. 12). Los afanes por saber más sobre esta clase social dieron lugar a una colección titulada “La clase obrera en la historia de México”, que, coordinada por Pablo González Casanova, en 17 tomos daba cuenta de la transformación de este grupo desde la colonia hasta los años en que se produjo la obra —fines de los setentas y principios de los ochentas— en la que participó un diverso y numeroso grupo de historiadores, sociólogos y politólogos.

⁸ Gruzinski reconoce que en México, en 1978, observó en algunos sectores, “un cierto interés por los trabajos franceses de la Escuela de los Anales, y desde luego la influencia aplastante del positivismo histórico de los Estados Unidos” (Gruzinski “Testimonios”, 1995).

tica. ¿Qué quiero decir con esto? Desde luego, de ninguna manera que deba hacerse un tipo de historia en particular, sino que en muchas ocasiones, quizás la mayoría, lo que priva en los medios académicos es el deseo de hacer algo novedoso, actual, al día con lo que se hace en otros países, y no está presente el deseo de dar respuestas a las interrogantes del momento. El otro problema que surgía de vislumbrar sólo esos dos caminos que desechaban la política, el marxista y el de la *nouvelle histoire*, es que se empleaba una forma de trabajo a destiempo de lo que pasaba en esos países cuyos avances se quería imitar.

Al responder fundamentalmente a la novedad, por lo general estamos desfasados, pues es original para nosotros lo que ya se realizó con óptimos resultados en otras latitudes y lo empezamos a desarrollar aquí cuando en ellas ya no es tal. Así, en la práctica, cuando en México se criticaba y se pretendía eliminar la historia del acontecer en 1974, Pierre Nora la reivindicaba en Francia; o bien, en 1976 se proponía hacer en México el tipo de historia económica que Ernest Labrousse realizó entre 1924 y 1967, particularmente en los cuarentas, y en 1996 deseamos intentar aquella historia de larga duración que Fernand Braudel desarrolló más o menos de 1949 a 1985, esto sin siquiera saber si contamos con las fuentes necesarias para lograrlo, porque a menudo también se nos pierde de vista esa cuestión: una cosa es proponer un tema de novedad y conceptualmente riguroso y otra, muy diferente, poder desahogarlo exitosamente con nuestros recursos.

Creo que aún se podría agregar algo más al respecto. Las décadas de 1970 y 1980 fueron una época en la que los estudios históricos estuvieron “a la baja”: las “ciencias sociales” desplazaron a la historia, aun cuando ésta fue considerada una más entre ellas, sustrayéndola del campo de las humanidades (otra discusión: ¿la historia es una ciencia social o una ciencia o disciplina humanística?). En realidad lo que importaba era el desarrollo de los otros campos de trabajo: la economía, la sociología, la antropología fueron privilegiadas y en los estudios se recurría a la historia sobre todo para avalar las hipótesis; se trataba de un conocimiento secundario o bien, en el mejor de los sentidos, tenía un carácter instrumental.⁹

⁹ Aunque la observación proviene del campo mismo de la historia, podemos encontrar la influencia de este punto de vista en las consideraciones expuestas por Sergio Bagú en 1980 en el seminario sobre El Desarrollo de las Ciencias Sociales y los Estudios de Posgrado: “La verdad es que la reconstrucción histórica y el análisis histórico mismo tienen cierta vocación antiestructural en contraste con esa voca-

Pero volvamos a la historia política. Arnaldo Córdova sostuvo, en un artículo sugestivamente titulado “La historia, maestra de la política”, que: “El 68 volvió a impartir cátedra sobre una vieja lección, casi olvidada: que el problema fundamental de toda sociedad organizada nacionalmente lo es el poder que sobre ella se ejerce y la mantiene unida y que sólo hay un modo para estudiarlo y comprenderlo: recurriendo a la historia y encuadrándolo en ella”.¹⁰

Sin embargo, los cargos en contra de la historia política siguieron acumulándose sin considerar ninguna atenuante —aunque no por ello se abandonara del todo su cultivo—; se la acusó de ser fáctica, descriptiva, tradicional, anquilosada, acumulativa, minuciosa, atomizada, individual y, por ende, elitista; básicamente se la identificó con los conceptos metodológicos positivistas de la historia en su más ortodoxa expresión;¹¹ y cuando no fue así, se la consideró partidista y aun apologética; pero

ción profundamente estructural o estructuralista con la cual nacen en el siglo XIX las ciencias sociales que nosotros conocemos hoy, dentro de nuestra cultura occidental. Ahora bien, este tipo de aporte que hace la reconstrucción y la interpretación históricas se comprende mejor cuando queda referido a una disciplina social en particular. Vemos cómo puede establecerse una simbiosis que mejora notablemente la capacidad de comprender si relacionamos la economía con la historia económica y las vemos desarrollarse conjuntamente; la sociología con la historia social; la política con la historia política; la demografía con la historia de la población; y todavía más cuando estamos ya en condiciones de entrar en un terreno más complejo y encontrar la relación entre la reconstrucción histórica de las sociedades de un pasado remoto, con la reflexión antropológica por una parte y la investigación arqueológica por otra.” (Bagú “Historia”, 1984a, en Benítez y Silva, *Desarrollo*, 1984, p. 37). Y en otra ponencia agregaba: “¿Para qué sirve el criterio histórico cuando analizamos los fenómenos normales comunes de las ciencias sociales? Sirve para insuflar el factor tiempo en el factor estructural [...] Si logramos en cambio ampliar el arco de tiempo en el cual opera la estructura, ampliar el arco de tiempo para analizar la estructura, el verdadero sentido, la verdadera naturaleza, la verdadera dinámica de la estructura y el verdadero porvenir de esa estructura se nos van a aparecer con mayor claridad y ése es el criterio histórico que de ninguna manera tiene que ser monopolio del historiador profesional” (Bagú “Historia”, 1984b, en Benítez y Silva, *Desarrollo*, 1984, p. 120).

¹⁰ Córdova, “Historia”, 1988, p. 135.

¹¹ Es un lugar común identificar la historia política con las interpretaciones liberal y positivista, lo cual reduce mucho los planteamientos de esta última corriente; más bien habría que revisar las realizaciones historiográficas y analizar de qué manera se apegan a los planteamientos teóricos que los autores dicen seguir, ya que es en la práctica donde, como dice De Gortari, “...la historiografía de tipo positivista escoge esencialmente sujetos de tipo político, es decir, un gran desarrollo de la historia política mexicana” (en Benítez y Silva, *Desarrollo*, 1984, p. 44).

también, y quizás para mí lo más grave, fuera de moda; incluso se la excluyó del campo de lo social —creo que ya sin remedio—, como si la política fuera una esfera particular que estuviera al margen de las sociedades.¹²

Todos estos cargos hicieron que los medios académicos, siempre ansiosos de originalidad, optaran por el estudio de otros temas, aun cuando en los últimos tiempos prive en la historia política el propósito de establecer y explicar los mecanismos y las relaciones del poder o los estudios sobre los modos de organización espacial de la política, además de los que pueden suscitar las funciones, modalidades y características formales de la acción política o bien la cultura política misma de los grupos sociales, y no el de puntualizar acontecimientos valiosos en su individualidad o el de sobredocumentar hechos sin importancia. Sin embargo, en mi opinión —y sólo ha sido posible verlo al paso del tiempo—, las lagunas que no se han podido cubrir por falta de estudios en el campo de la historia política afectan las otras temáticas, pues éstas, de una o de otra manera, en mayor o en menor medida, requieren ese referente y no pueden avanzar como es deseable si no resuelven las dudas que se van planteando en su investigación. Alejandra Moreno Toscano reconoció en 1982 que, en el desarrollo de la historia urbana y la historia económica, los investigadores hicieron indebidamente a un lado la historia institucional, pues resultaba imprescindible en sus pesquisas.¹³

Hasta aquí sólo he abordado *por qué no* la historia política, así que ya es tiempo de decir *por qué sí*. Un punto en el que quisiera detenerme para ello es que en el por qué no se partía del falso supuesto de que la historia política ya estaba hecha, lo cual tenía graves implicaciones, como la de considerar que el conocimiento histórico está concluido, que no se podía renovar, mejorar o superar a través del manejo de nuevas fuentes, de otras temáticas o bien de la aplicación de diferentes categorías, o que las nuevas generaciones no tendrían nada original que preguntarse sobre el pasado y que quedarían satisfechas con lo que sus mayores sentenciaran.

¹² Ello no obstante que Georges Duby, historiador francés, hubiera afirmado ya en 1970: “La historia social es, de hecho, toda la historia. Y debido a que toda sociedad es un cuerpo en cuya composición entran —sin que sea posible disociarlos, salvo para las necesidades del análisis— factores económicos, políticos y mentales, dicha información llama a sí todas las informaciones, todos los índices, todas las fuentes”. (Duby “Historia”, 1976, p. 95).

¹³ Conferencia Fuentes y archivos, dentro del ciclo “Problemas prácticos del oficio del historiador”, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 23 de noviembre de 1982.

Y para probar que la historia política no está hecha del todo, o cuando menos no al día, basta que intentemos recordar algunos títulos que den cuenta de la historia nacional para que veamos que las cosas son así. Podríamos observar entonces que sólo conocemos algún aspecto de la vida política —particularmente los actos de gobierno del Poder Ejecutivo y las peripecias de éste o la existencia de los partidos políticos, todo ello con sus bemoles, por cierto— que deja de lado otros sujetos políticos a los cuales no nos hemos acercado nunca o sólo lo hemos hecho insuficientemente. Si alguien opina lo contrario, que nos diga, a través del tiempo, qué sabemos del Poder Legislativo o del Judicial, cuáles han sido sus relaciones con el Poder Ejecutivo; cómo se enlazan los trabajos de las diferentes secretarías de Estado; cómo se vinculan las diversas esferas del poder, y cómo éstas con las instituciones sociales; cuáles son las relaciones de poder de los actores políticos, cómo se manifiesta y expresa el poder; cuáles son los vaivenes de la conciencia política de los mexicanos y el porqué de ellos, y el porqué de los procesos de manipulación; cómo ha abordado el poder político el cambio social, cómo los consensos y los conflictos; cuál es la relación de las elites —en conjunto o de cada una en particular— con el poder político, cómo se expresan los grupos populares y bajo qué circunstancias; cuál ha sido el papel que han jugado los cuadros de segundo orden en la vida política, y que sé yo cuántos temas más podríamos seguir apuntando, más ricos mientras más disciplinas puedan intervenir para esclarecerlos: la sociología, la politología, la antropología o los estudios jurídicos, estos últimos tan desdeñados por los científicos sociales y tan necesarios para la comprensión del marco legal del sistema político en cada una de sus etapas.

Un factor que da cierta peculiaridad a los trabajos de historia política, y quizás también ayude a explicar algunas de sus altas y sus bajas es

que tanto historiadores como politólogos han ido conquistando un espacio como personajes que influyen en el poder y, por consiguiente, de acuerdo con Weber, ejercen una *vocación política*, aunque en principio sus armas son las que utiliza la crítica, como diría Marx. No me refiero al intelectual que abandona su quehacer para insertarse en la administración pública, sino de quien usa sus conocimientos, no sólo para establecer una verdad sino para influir con ella en la toma de decisiones fundamentales.¹⁴

¹⁴ Matute, "Historia", 1992, p. 75.

Como es el caso, por ejemplo, de Lorenzo Meyer, quien en una entrevista reconoció:

En México, el intelectual sustituye, en cierto sentido, una carencia fundamental: a las instituciones representativas de la sociedad civil. Nuestra sociedad no cuenta con órganos, instituciones y estructuras que efectivamente representen sus intereses ante el poder y le exigen a éste responsabilidad y acciones. Si los partidos políticos son débiles o no existen, si los parlamentos son, como el caso mexicano una cosa de risa, una farsa, hay comó en un cuerpo que pierde un órgano, un desarrollo de otro que trata de compensar la carencia.¹⁵

Después de una consideración de esta naturaleza, ¿cómo podemos dudar de que es necesario insistir en los estudios de historia política? ¿No surgen de inmediato los cuestionamientos?: ¿por qué nuestros parlamentos son cosa de risa?, ¿cómo llegaron a serlo?, ¿siempre fue así?, ¿la sociedad civil no tiene representación?, ¿por qué?, ¿qué pasa con los partidos políticos en México?

Según Raymond Aron: “El esfuerzo por evitar la ilusión retrospectiva de fatalidad no deja de ser por eso característico del historiador político, del historiador que, interesado en los hombres y sus luchas, quiere salvaguardar, en la resurrección del pasado, la dimensión propia de la acción, es decir, la incertidumbre del futuro”.¹⁶ Sin embargo, la respuesta definitiva a la pregunta inicial es del todo personal, aunque tiene que ver directamente con una forma de concebir la historia y, aun a riesgo de decir una verdad de Perogrullo, es preciso hacerla explícita. La historia es el estudio de las actividades humanas en el pasado; sin embargo, al margen de temáticas específicas, y a pesar de tener un cierto carácter acumulativo, el conocimiento histórico se renueva constantemente, no sólo por el aporte de un mayor número de datos, sino porque aparecen enfoques novedosos de acuerdo con las circunstancias temporales y espaciales, que se plantean preocupaciones diferentes en torno al pasado y llevan a formular otras preguntas distintas a las ya expuestas y a ofrecer respuestas diferentes de las ya elaboradas. Lo que hay que señalar enfáticamente es que la incertidumbre siempre se plantea respecto al presente que se vive, y de éste, de acuerdo con sus

¹⁵ Vargas, “Intelectuales”, 1993, p. 20.

¹⁶ Aron, “Introducción”, 1972, p. 12.

circunstancias, surgen los cuestionamientos en relación con el pasado. Es decir, que los historiadores se acercan al pasado armados de las preguntas que las circunstancias les imponen, y necesitan responderlas para explicar la problemática de esas sus circunstancias. Pero ¿por qué surgen esas determinadas preguntas? Bueno, la respuesta es muy simple: porque no se han ofrecido respuestas o las que se han dado resultan insatisfactorias o no plenamente satisfactorias.

Tal vez se me argumente que todo conocimiento es revelador y no requiere una justificación como la que parece que yo estoy exigiendo al conocimiento del pasado en este momento. Estoy de acuerdo; pero si se quiere hacer significativo socialmente ese conocimiento, necesita ofrecer respuestas a las interrogantes sociales de su momento, no atender nada más las quisquillosidades de la vida académica, que las tiene y muchas. Y, desde luego, un gran historiador será precisamente aquel que pueda pulsar las inquietudes de su tiempo, buscar las respuestas y ofrecer una comprensión del proceso social. Sin embargo, sin aspirar a tanto, el historiador común y corriente sabe que su compromiso es dar claridad explicativa a los fenómenos sociales del pasado para comprender el presente.

En mi caso particular, consideré que la demanda del momento —y creo que sigue siendo hoy, incluso más que hace 20 años— era tratar de conocer mejor nuestro sistema político y sus vericuetos. Para construir un modelo es preciso realizar un análisis empírico. Álvaro Matute nos dice: “No es la ciencia política la que determina un modelo para ser llenado por la historiografía, sino a la inversa, es la reconstrucción historiográfica la que permite la elaboración del modelo”.¹⁷ Y si acudimos a Maurice Duverger¹⁸ a manera de ejemplo, podemos constatar que este autor sólo puede dar cuenta de lo que son los partidos políticos, cómo y por qué se organizan, cómo han ido evolucionando, cuáles han sido sus características, etc., no a partir de un modelo preconcebido teóricamente de lo que debe ser un partido, sino por medio del estudio de las organizaciones partidarias a través del tiempo en varios países. Quizá en este contexto cobre un sentido más preciso aquella expresión de Córdova: “La historia, maestra de la política”.

Creo que en los últimos años en México quienes más han incursionado en la historia política han sido los historiadores regionales que trabajan los siglos XIX y XX,

¹⁷ En Aron, “Introducción”, 1972, p.72.

¹⁸ Duverger, *Partidos*, 1957.

pues, siguiendo alguna de las posibles vertientes de los análisis regionales, han realizado estudios de coyuntura en torno a las relaciones entre el poder central o federal y los poderes locales, gracias a lo cual han venido a ofrecer nuevos elementos para la comprensión de nuestro sistema político.

Por supuesto, esto no significa que la política sea la única temática de estudio: de ninguna manera. Pero sí considero que debe dársele, cuando menos, un espacio tan amplio como el que se da a otras perspectivas, y que, como decimos en México, no se le debe ningunear. Tal vez hoy peque de pragmática, pero me parece que, si necesitamos respuestas políticas para un sistema político a todas luces en crisis, o cuando menos insatisfactorio para varios millones de mexicanos, es preciso saber cómo y por qué hemos llegado hasta aquí para proponer los cambios necesarios.

Bibliografía

- Aron, Raymond
1972 "Introducción", en Weber, Max, *El político y el científico*, Madrid, Alianza, pp. 9-77.
- Bagú, Sergio
1984a "La historia social", en Benítez Zenteno, Raúl y Gilberto Silva Ruiz, (comps.), *El desarrollo*, 1984, pp. 35-42.
1984b "La historia como disciplina y los posgrados", en Benítez Zenteno, Raúl y Gilberto Silva Ruiz (comps.), *El desarrollo*, 1994, pp. 117-121.
- Benítez Zenteno, Raúl y Gilberto Silva Ruiz, (comps.)
1984 *El desarrollo de las ciencias sociales y los estudios de posgrado en México*, México, COMECOSO/UAM.
- Cardoso, Ciro y Héctor Pérez Brignoli
1976 *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, México, SEP (Sep-Setentas, 280).

- Cockcroft, James D.
1982 *Precursores intelectuales de la revolución mexicana (1900-1913)*, 8a. ed., México, Siglo XXI Editores.
- Córdova, Arnaldo
1988 "La historia, maestra de la política", en Pereyra, Carlos *et al.*, *Historia*, 1988, pp.129-143.
- Crespo, Horacio *et al.*
1992 *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*, México, IIH/UNAM.
- Duby, Georges
1976 "La historia social como síntesis", en Cardoso, Ciro F. S. y Héctor Pérez Brignoli, *Perspectivas*, 1976, pp. 91-102.
- Duverger, Maurice
1957 *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Florescano, Enrique y Ricardo Pérez Montfort (comps.)
1995 *Historiadores de México en el siglo XX*, México, CNCA/FCE.
- Gilly, Adolfo
1971 *La revolución interrumpida. México, 1910-1920: una guerra campesina por la tierra y el poder*, 26a. ed., México, Ediciones El Caballito.
- González y González, Luis
1992 "La historiografía que nos rodea", en Crespo, Horacio *et al.*, *El historiador*, 1992, pp. 29-38.
- Gortari, Hira de
1984 "La historiografía mexicana", en Benítez Zenteno, Raúl y Gilberto Silva Ruiz (comps.), *Desarrollo*, 1984, pp. 43-48.

- Gruzinski, Serge
1995
“Testimonios”, en Florescano, Enrique y Ricardo Pérez Montfort (comps.), *Historiadores*, 1995, pp. 537-539.
- MacGregor, Josefina
1979
“Serge Gruzinski: ‘Teoría y métodos de la historia de las mentalidades’”, *Boletín. Filosofía y Letras*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, enero-abril, núms. 1-2, pp. 20-21.
- Matute, Álvaro
1992
“Historia política”, en Crespo, Horacio *et al.*, *El historiador*, 1992, pp. 69-78.
- Pereyra, Carlos *et al.*
1988
Historia ¿para qué?, 10a. ed., México, Siglo XXI.
- Ruiz, Ramón Eduardo
1984
México: la gran rebelión. 1905/1924, México, Era.
1978
La revolución mexicana y el movimiento obrero. 1911-1923, México, Ediciones Era [1976, 1a. ed. en inglés].
- Vargas, Hugo
1993
“Intelectuales, poder, cultura”, *La Jornada Semanal*, 19 de septiembre de 1993, núm.223, pp.18-24.
- Vilar, Pierre
1976
“Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser”, en Cardoso, Euzébio y Héctor Pérez Brignoli, *Perspectivas*, 1976, pp. 103-159.